

XXIX PREMIO JUVENIL DE CREACIÓN LITERARIA

“LA MARIPOSA CON LAS ALAS DE CRISTAL”

Una vez, leí en una enciclopedia que existe una mariposa en la selva con las alas tan parecidas al cristal, tan bellas y transparentes, pero tan frágiles y vulnerables, que se esconde entre las hojas para protegerlas.

Cuando pienso en Isabel, un cúmulo de recuerdos con sabor a verano inunda mi mente. Me traslado al año 1970, año en el que la conocí... Como siempre, a finales del mes de junio, impaciente, soñaba despierto con las ansiadas vacaciones de verano en la soporífera clase de aritmética, esperando con ilusión a que se acabara el curso para poder marcharme al pueblo con mis abuelos. Como otros muchos, a principios de los años 60, mis padres habían emigrado del campo a la ciudad y se habían instalado en un barrio obrero de las afueras de Madrid, pero todos los veranos, ineluctablemente, volvíamos al pueblo. Después de varios días, que me parecieron meses, y de preparar exhaustivamente todo el equipaje -además de comprar todos los bienes que escaseaban en el pueblo- por fin, partimos en nuestro coche de camino al mismo. Desde la ventanilla, ubicada a la derecha de mi asiento trasero, podía ver cómo, rápidamente, la ciudad se iba desvaneciendo a medida que íbamos saliendo de ella.

A pesar de la larga duración del trayecto entre la capital y el pueblo, siempre me había gustado observar el paisaje, y uno de mis pasatiempos predilectos era identificar cada uno de los colores que se distinguían hasta el horizonte. Mi pueril mente se maravillaba ante el mosaico tan colorido que constituían los campos: las pequeñas huertas, los amplios cultivos, la dehesa,

los arroyos plagados de adelfas, los cortijos y los pequeños municipios por los que pasábamos. Hasta hacía poco había creído que todos los colores que existían se hallaban recogidos en la caja de lápices que usábamos en las clases de dibujo, pero conforme crecía me daba cuenta de que estaba equivocado. Me asombraba la amplia gama cromática que emanaba de ellos: verde enebro, verde oliva, azul Capri, azul Oxford, amarillo narciso, amarillo sol toscano, rojo mermelada, carmesí, etc. Fascinado, me gustaba imaginarme el nombre de todos los colores que veía. ¿Por qué no podría existir el azul niña de los arroyos o el rosa náyade? le preguntaba a mi yo de nueve años. De repente, como si hubiese salido del mismísimo océano, una ballena apareció y solté numerosas exclamaciones de asombro, señalando el cielo con mi mano intentando llamar la atención de mis padres que mostraban una aparente indiferencia ante tal maravilla. Pero lo único que recibí fue una reprimenda, se me había olvidado el frío pragmatismo de los adultos, que tenían otras cosas en qué pensar, y su carencia de imaginación. Ignoré todo lo que me dijeron y más tarde aparecieron un dragón y un conejo. Al entrar en el valle, las colinas y los montes, ya viejos conocidos, me dieron la bienvenida. Mi tramo preferido de aquella travesía era aquel en el que ya cerca del pueblo, un mar de encinas se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Al bajarme del coche, cuando por fin llegamos a la casa de mis abuelos en el pueblo, entre los efusivos abrazos de mi abuelo y los infinitos besos de mi abuela, recibí una bienvenida muy calurosa, digna de una celebridad. Entramos en la casa, que me gustaba a pesar de ser tan antigua, con su ancho pasillo central y su mosaico de piedrecitas blancas y negras, los azulejos azul cerúleo de la cocina, las puertas marrón herrumbre, los sillones granate...

A lo largo de las siguientes semanas, los días se me pasaron volando junto a mis amigos de la pandilla, consolidada verano tras verano. A mí, todo lo que veía en el pueblo me llamaba mucho la atención, ya que su sencillez y rusticidad contrastaban con la cómoda vida que disfrutábamos en la ciudad. Por ejemplo, parecía que el agua corriente existía en todas partes, pero no era así, ya que, en el pueblo, para conseguir el agua, tenía que acompañar a mi abuelo con un carro muy curioso, formado por seis círculos de hierro en los que, una vez llenos, se metían los cántaros que salpicaban alegremente con el traqueteo del trayecto. Teníamos que andar hasta un pozo ubicado a las afueras del pueblo y rellenar los cántaros con el agua que sacábamos de él, aunque a veces hubiera mucha cola. ¡Qué bien me lo pasaba! Por la mañana cogíamos las bicicletas y nos marchábamos fuera del pueblo, al campo. Nos gustaba jugar entre los árboles, subirnos a la copa de éstos, asustar a las ovejas y a los cerdos, correr libremente, gritar a pleno pulmón, bañarnos en las albercas y cazar culebras. Tras regresar al pueblo, mi abuela me preparaba un succulento almuerzo y tocaba sestear. Al atardecer, solíamos acercarnos al bar del “Espanta moscas” (que hacía honor a su nombre por su temperamento un tanto cascarrabias). Una de las pocas televisiones que había en el pueblo, por aquella época, se encontraba en ese bar y, por eso, nos escondíamos agazapados cerca de la puerta para poder ver la televisión gratis, ya que, para poder verla, normalmente tenías que consumir o comprar algo en el bar. A veces, las menos, comprábamos alguna chuchería como un chicle o un paquete de pipas, pero, normalmente, solíamos recurrir a la táctica anterior para disfrutar de los programas vespertinos. Lo más divertido era cuando teníamos que salir corriendo porque el “Espanta moscas”

se percataba de nuestra presencia. Y así, entre risas y carreras, pasaban los días...

Conservo en la memoria una impresión tan viva de la primera vez que vi a Isabel que me parece un instante casi cinematográfico. Era un sábado de agosto sobre las ocho de la tarde y me hallaba sentado cerca de la ventana de la salita de la casa de mis abuelos, una estancia acogedora y confortable que contaba con un pequeño aparador, la mecedora predilecta de mi abuela, una mesa de camilla con un tapete de ganchillo, dos sillones y numerosas fotos de comunión de todos mis primos y de boda de mis tíos, colgadas en las paredes. Mi abuela se hallaba haciendo punto en su mecedora y yo me encontraba leyendo un libro que había tomado prestado de la biblioteca municipal. Estaba enfrascado en la lectura de mi libro, cuando alcé la vista sorprendido por el paso de un coche, miré a través de la ventana y la vi a ella. Pude observar como una niña de mi edad estaba sentada en el alfeizar de la ventana de la casa de enfrente. Las cortinas estaban recogidas a ambos lados de la ventana y la suave luz de la tarde que entraba a través de ella iluminaba tenuemente aquella estancia pobremente decorada, como si estuviera inacabada. La niña estaba sola, no había nadie más en aquel cuarto tan humilde y sencillo que tan solo contaba con varias sillas de enea, un espejo resquebrajado, una vieja librería llena de libros desgastados, una cómoda destartalada y una pequeña mesa de camilla. Me percaté de que la niña estaba absorbida por el libro que estaba leyendo vorazmente, y sus deditos, pequeños pero ágiles, pasaban mecánicamente de una página a otra sin ninguna demora.

Después de varios minutos de silencio, disfrutando de la escena como el protagonista de "La ventana indiscreta", decidí preguntarle a mi abuela por la

identidad de aquella misteriosa niña que no había visto antes por el pueblo. Mi abuela me contó que la niña se llamaba Isabel y que era la hija del nuevo maestro que acababa de mudarse. Extrañado, le pregunté a mi abuela cuál era el motivo por el cual no la había visto antes por las calles del pueblo, y me explicó que Isabel padecía una enfermedad que hacía que su estado de salud fuera tan frágil y vulnerable que el médico les había aconsejado a los padres que mantuviera el menor contacto posible con el exterior y, sobre todo, con otros niños, ya que la actividad física podía ser muy perjudicial para su constitución. Por eso, Isabel se mantenía enclaustrada en su casa todos los días de la semana excepto los domingos por la mañana, cuando iba a misa.

A la mañana siguiente, cuando nos encontrábamos en la iglesia esperando a que la misa empezara, ella apareció. Durante unos breves instantes, pude retener en mi retina su imagen, con su carita pálida marcada por unos finos y rosáceos labios. Dos trenzas de color nuez, recogidas por dos lazos, colgaban de su cabeza y, llevando un precioso vestidito blanco, como una visión volátil y etérea, se deslizó suavemente a mi lado. De repente se giró y sus penetrantes ojos verdes se clavaron en mi alma como dagas en la piel. Isabel tenía algo inexplicable, mágico. Había algo en aquellos ojos que era fascinante e hipnótico y, a la vez, inquietante y perturbador. Su mirada podía resultar cándida y dulce, soñadora y tierna, pero tenía un tinte triste y sombrío, carente de cualquier pequeño atisbo de esperanza.

Al finalizar la misa, quise dirigirme a ella, pero mi gran timidez me dominó por completo. Un nudo que me impedía pronunciar cualquier palabra sin tartamudear apareció en mi garganta y mis piernas temblaban tanto que creía que de un momento a otro me iba desvanecer sobre el suelo de la iglesia. Querría

haber podido por lo menos acercarme a Isabel para poder observarla mejor, pero me encontraba tan nervioso que mis miembros estaban inmóviles a pesar de mi deseo de que se movieran. Cada vez que Isabel se encontraba cerca de mí, ese nerviosismo y timidez me invadían, impidiéndome hablar con ella siempre que lo intentaba. Nunca fui capaz de decirle en persona lo que sentía por ella y fue algo de lo que aún hoy me arrepiento.

Desde aquel día, cada vez que pasaba por delante de la habitación de sus lecturas o me encontraba en la salita de la casa de mis abuelos, mis ojos se veían obligados a lanzar una rápida mirada a su interior, buscando a la que solía ocuparla por las tardes con su afición. La luz dorada del crepúsculo solía bañar toda la estancia y acariciaba suavemente su tez. Durante esos momentos de intimidad y evasión, Isabel se olvidaba de todas sus preocupaciones y su imaginación volaba a través de los cristales de aquella ventana como las mariposas del libro que siempre estaba leyendo.

A pesar de mi timidez, me acordé de lo que una vez había leído sobre aquella mariposa de la enciclopedia y, puesto que Isabel nunca tenía la oportunidad de deleitarse con las maravillas de la naturaleza más allá del papel de sus libros -lo que me inspiraba una profunda pena por la soledad a la que se veía condenada- decidí llevarle todos los días un pequeño ramito de las flores silvestres que recogía en mis paseos por el campo, acompañado por un papelito viejo que cogía del escritorio de mi abuelo y que rezaba: "Para la mariposa con las alas de cristal", para así expresar mi admiración por ella de la forma más discreta y misteriosa posible. Al principio, lo hacía anónimamente, pero en los años sucesivos lo hice firmando con el pseudónimo: "El escritor de sueños". Así es que, una mañana, cuando el pueblo somnoliento se hallaba todavía

despertándose, até con una cinta mi obsequio a la reja de su ventana. Con el tiempo ese pequeño gesto se convertiría en un hábito que llevaría a cabo todos los días de los veranos siguientes. Por un momento llegué a pensar que Isabel se percataría de mi identidad al no recibir más mensajes tras el final del verano, pero me acordé de que también había más niños que venían de vacaciones al pueblo desde grandes ciudades como Madrid o Barcelona, por lo que no sospecharía.

Pasaron los años, y al mismo tiempo que iba creciendo y madurando como persona, la fascinación que ejercía sobre mí Isabel se fue convirtiendo poco a poco en mi primer amor, que guardaba silenciosamente en secreto. Aquellos papelitos que solía depositar en su ventana, se fueron convirtiendo poco a poco en tarjetas y después, en extensas e íntimas cartas en las que podía hablarle con total libertad, sin temor a ser rechazado, y constituían su único contacto con el mundo que se encontraba más allá de su ventana. Me deleitaba observando escondido su reacción al leerlas. Solía escribirle sobre una gran variedad de temas pero mi tópico predilecto era describirle todas aquellas pequeñas cosas y sensaciones de las que no podía disfrutar: el olor a hierba recién mojada, el sonido de las ramas de los árboles cuando el viento orea al empezar el día, la deliciosa y reconfortante sensación de sentir el agua de la piscina municipal mientras los rayos del sol rozan la cara de uno, los susurros del agua en las fuentes, los ecos de alegría y vida que retumban en las calles cuando se aproxima el fin de semana, la letanía del canto de los pájaros durante el crepúsculo, los instantes de tranquilidad y silencio al amanecer que son interrumpidos por el crujido de una hoja... Y así, con el paso del tiempo, una misteriosa y entrañable relación se forjó entre nosotros. El pueblo se modernizó

y por fin llegó el agua corriente a todas partes. Sentía un poco de pena por tener que dejar de ir al pozo con mi abuelo, pero era lo que habían traído consigo los nuevos tiempos.

Seis veranos más tarde, en un domingo como cualquier otro, cuando contaba con quince años, me dirigía hacia la salida de la iglesia con mi familia, tras acabar la misa, pero me percaté de que Isabel me estaba mirando, y me sonrió. Hubiera querido retener cada segundo en la palma de mi mano, pedirle a las agujas del reloj que se parasen por un momento, y saborear eternamente esos instantes de felicidad tan volátiles. Dos preguntas cruzaron mi mente de improviso... ¿Sabría que yo soy el autor de aquellas misivas? ¿Se habría percatado de lo que yo sentía por ella? Ese maravilloso instante se desvaneció tan rápido como hubo llegado y cuando quise darme cuenta ya habíamos abandonado la iglesia y ella se había ido.

Un año después, llegamos al pueblo en nuestro primer día de vacaciones y, cuando saludamos a mis abuelos, pude percibir en sus semblantes un aire triste y apesadumbrado, como si una desgracia hubiera acaecido recientemente, algo que me preocupó por un instante, pero a lo que no le di mayor importancia. Como todas las tardes, me senté cerca de la ventana con un libro, pero observé que Isabel no estaba en su rincón. Inquietado, le pregunté a mi abuela por el paradero de Isabel. Sus ojos se tornaron acuosos y varias lágrimas brotaron de ellos. No tuvo que añadir nada más. Se limitó a decirme que, misteriosamente, Isabel me había dejado un objeto, me lo entregó y se marchó apenada. Era el libro que solía leer todas las tardes en la ventana. Entonces, al abrirlo, me percaté de que, en la primera página, había una nota escrita por Isabel, que decía que debía dirigirme a la página 208. Intrigado, abrí el libro por aquella

página y en ella hallé, junto a la ilustración de la “Greta Oto” (comúnmente conocida como la mariposa de cristal), dentro de un sobre, todas las cartas que le había escrito. Me di cuenta de que las mariposas también mueren.

Una vez, leí en una enciclopedia que existe una mariposa en la selva con las alas tan parecidas al cristal, tan bellas y transparentes, pero tan frágiles y vulnerables, que se esconde entre las hojas para protegerlas. Yo conocí a una mariposa cuyas alas estaban hechas con las páginas de los libros que leía.

El soñador de sueños contempla la luna en su carro de nácar